sus bienaventurados. Se había estado celebrando el Santo Sacrificio en la sagrada gruta desde la media noche hasta las cinco, hora en que nuestros Religiosos tienen que ceder el sitio á los griegos cismáticos. Después que éstos hubieron terminado, volvieron á ocupar de nuevo los Franciscanos el Santuario, en virtud de un reglamento establecido, y estuvieron en posesión de él hasta la noche. La última Misa se ha dicho este año al ponerse el sol. La iglesia concede este privilegio único á los Lugares Santos de Belén y sólo para las fiestas de Navidad y Epifanía.

El Patriarca cantó la misa pontifical á las diez de la mañana, en medio de estos betlemitas tan buenos, tan piadosos, tan recogidos. La suntuosidad de las vestiduras sacerdotales, el brillo de los uniformes, la riqueza de los trajes, daban á la grande nave el hermoso aspecto de un jardín de flores ó de un mosaico bizantino.

Después de dar gracias y antes de partir para la montaña en donde su predecesor edificó el Seminario diocesano, el señor Patriarca fué de nuevo á sentarse á la mesa de los Franciscanos.

En el refectorio, en donde tomamos nosotros asiento, los peregrinos eran numerosos. La alegría se desbordaba en todos, y se hubiera dicho que eran individuos de una misma familia. La comida se prolongó bastante, tanto á causa de la multitud de platos, como por la llegada incesante de nuevos huéspedes. Jamás olvidaremos ni el regocijo de este convite, ni el cuidado y diligencia de los buenos religiosos que nos servían.

IV

La Gruta de la Leche.—Leyenda.

De repente, la campana grande resuena en nuestros oídos; es la señal de marcha para la peregrinación á la Gruta de la Leche y al campo de los Pastores. Una parte de la comunidad nos acompaña. Los Padres tienen la costumbre de ir á descansar de las fatigas de la noche del Nacimiento en este religioso é interesante paseo.

A pocos pasos del atrio de la Basílica del Nacimiento en-

contramos á nuestra derecha un enrejado de hierro que se abre hacia un pequeño patio, en cuyo extremo se halla una escalera de diez y seis gradas talladas en la roca viva.

Conduce á una caverna baja, irregular, cavada en una toba blanquecina y quebradiza, cuyo techo está sostenido por algunos fustes de columnas: es el sitio tan conocido, tan venerado bajo el título de Gruta de la Leche. Refiere la tradición que sabiendo la Virgen que Herodes buscaba á su divino hijo para matarle, se ocultó en este lugar con él y San José, hasta que por consejo del Angel salieron huyendo para Egipto. Añade, además, que cuando María daba el pecho al divino Infante, cayeron al suelo algunas gotas de su leche virginal, las cuales comunicaron á aquella piedra gredosa de que está formada la Gruta, el color blanco que posee, juntamente con la virtud de que tomándola desleída en una bebida cualquiera, recobren la leche las madres que no la tienen. Esta es la causa porque acuden á este santuario todas las mujeres del país, lo mismo católicas que cismáticas, turcas que beduinas. Desde los primeros siglos, la caverna santificada por la presencia de la Madre de Dios, fué convertida en capilla y custodiada en todos tiempos con grande celo. ¡Desgraciado el que la tocase!...

Un altar muy sencillo es su único adorno, porque es necesario dejar constantemente la puerta abierta á la devoción del pueblo, y no se podrían abandonar los objetos del culto á su piedad, á menudo bastante indiscreta. Todos los días celebran allí la santa Misa los Padres Franciscanos; y en las vigilias de las festividades de la Virgen, van después de vísperas á cantar las letanías compuestas en honor de la Reina de los Angeles.

V

Mes de María.

En esta misma cripta tienen lugar los ejercicios del mes de María. Los betlemitanos asisten á ellos, no solamente con gusto, sino, por decirlo así, hasta con fanatismo. Caben en la gruta como unas doscientas personas. Pues bien; cosa increíble: en este mes privilegiado, se amontonan, se hacinan, se oprimen

011110

en este estrecho recinto seiscientas y hasta ochocientas mujeres, á riesgo de asfixiarse. «Permanezco allí cada tarde de dicho mes, me decía el religioso que hacía de cura, hora y media, durante la cual predico, rezo el Rosario y entono cánticos á la Virgen. Cuando salgo de este horno estoy como aturdido, bañado de sudor, y desde el primer día cojo un resfriado de garganta que me dura para toda la estación.»

Los frailes Menores tuvieron la Gruta de la Leche en propiedad desde su entrada en Tierra-Santa. Arrojados poco después por los musulmanes, volvieron en 1375 con un firmán que los volvía á poner en posesión de los Lugares Santos. Uno de sus primeros pensamientos fué el de edificar un pequeño convento junto al humilde santuario, á fin de poder velar noche y día la roca que recuerda uno de los más tiernos episodios de la Sagrada Familia en Belén.

VI

Lucha de los guardianes.—La ronda de noche.

Pero se diría que las dificultades y combates para conservar esta Gruta veneranda han sido en razón directa del aprecio en que la tenía su piedad. Los griegos buscan sin reposo el momento favorable para apoderarse de este santuario por ellos tan envidiado; é intentan siempre aprovechar para la consecución de sus inicuos designios las menores desavenencias que ellos mismos promueven á este propósito contra los latinos. La noche del 25 de Abril de 1873 (pasando por alto otros hechos más antiguos), penetraron en él á mano armada. Es verdad que fueron rechazados, pero durante un año, la situación de los Franciscanos fué de las más alarmantes y precarias. Cinco frailes del convento iban todas las tardes de guardia y permanecían velando noches enteras aun cuando lloviese á cántaros. A fines de Diciembre de 1886, el Guardián del convento, el padre cura y muchos otros religiosos, venidos al efecto de Jerusalén, tuvieron que hacer la ronda todas las noches alrededor del santuario, amenazado por los cismáticos, por espacio de quince días consecutivos, con un frío muy intenso y sin otro abrigo que una barraca de madera. Al fin, el valor y la perseverancia,

que desconciertan por completo y rinden al injusto agresor, concluyeron por dar la victoria á los Franciscanos. Pero ¿cuánto durará esta paz provisional y armada?

VII

Beith-Sahour.—Booz y Ruth.

Saliendo de la Gruta de la Leche, nos encaminamos en dirección al Este. Después de haber atravesado algunas ruinas sin importancia y restos de una capilla edificada, según dicen, en el sitio mismo de la casa de San José, llegamos á Beith-Sahour, Aldea de los Pastores, llamada así, por creerse haber sido morada de aquellos afortunados zagales que merecieron les anunciase un ángel el nacimiento del Niño-Dios y que fueron los primeros que tuvieron la dicha inefable de adorarle en el humilde lecho del pesebre. Beith-Sahour está situada en lo bajo de una pequeña y pedregosa colina, y cuenta como unos 600 habitantes, de los cuales pocos más de 100 son católicos, muy exactos observadores de sus deberes religiosos. Continuando descendiendo, vemos desplegarse á nuestra vista un verde y extenso campo: es el de Booz, el más bello y fecundo de cuantos rodean á Belén, y el más rico, asimismo, en recuerdos históricos. Aquí fué donde Jacob, encantado de la abundancia y salubridad de sus pastos, fijó sus tiendas cuando volvía de la Mesopotamia, y en donde permaneció hasta que fué á unirse con su padre á Mambré. Acampó cerca de un lugar llamado en hebreo Ader, que traduce San Jéronimo, Torre del Rebaño. Aquí también tuvo lugar la historia de Ruth, gracioso drama pastoril que rivaliza y aun supera con ventajas como la verdad á la ficción, las églogas del cantor de Eneas. La joven y hermosa moabita, siguiendo los consejos de Noemi, su suegra, fué á postrarse á los piés de Booz mientras dormia junto á sus segadores, rogándole, que, pues era su pariente, la tomase por esposa. Así se verificó; y de esta alianza nació Obed, padre de Jessé que lo fué de David.

VIII

Los pastores.—Paz á la humanidad.

Pero todos estos recuerdos del Antiguo Testamento palidecen ante el solo hecho evangélico que este campo recuerda, y cuya notoriedad es tan grande que es conocido en el universo entero. Aquí es en donde los pastores de la Judea oyeron la voz del ángel que les anunciaba la buena nueva del nacimiento de Cristo; aquí donde resonó el sublime cántico de la milicia celestial: «¡Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad!» Preguntad á las gentes del país en dónde se hallaba la Torre del Rebaño, el campo de Booz, el sitio en donde Jacob fijó sus tiendas, aquel en donde Ruth recogía las espigas de los segadores... todos arquearán las cejas y nadie os sabrá dar razón. Pero decidles, en cambio, que en dónde está el lugar en que se aparecieron los ángeles á los pastores, y todos, aún los turcos, y hasta los niños que apenas saben hablar os lo mostrarán con el dedo.

El sitio que recuerda tan consolador misterio, fué honrado con una iglesia dedicada á los Santos Ángeles, á cuyo lado se edificó un monasterio en donde el célebre Casiano y sus monjes dieron al mundo el sublime espectáculo de la perfección evangélica. ¡Qué cuadro tan bello ofrecía esta verde campiña á aquellos insignes cenobitas, y cómo les estimularía á la tierna meditación de la manifestación divina que traía al mundo decaído las deslumbradoras perspectivas de la paz y de la dicha! Pero ¡ay! de la iglesia y del convento no queda otra cosa que informes ruinas. En medio de ellas, sin embargo, existe una abertura que da entrada á la antigua cripta, adonde se desciende por una escalera de veintiún gradas. En llegando abajo, los peregrinos se postran en tierra con devoción, se encienden sobre el altar gruesos cirios traídos de Belén, y el padre cura canta el Evangelio referente á aquel lugar. Este santuario tendrá como unos treinta pasos de circunferencia, y en el medio se ven todavía algunos vestigios de mosaicos. Es, sin contradicción, la capilla más desaseada que hemos visto en Palestina. Encontraréis allí horrorosos popes pordioseros, que os reclamarán algunas menudas monedas en precio de no sé qué servicios, ocultándose en seguida á vuestras miradas. Un sacerdote griego tiene la llave de este santuario, que hasta hace poco más de medio siglo perteneció á los Franciscanos con todos los terrenos que le rodean y que ellos cubrieron de olivos. Los griegos, poco escrupulosos en esta materia, se lo usurparon en 1818, y gozan de todo impunemente. Los Hijos de San Francisco sembraron, y los fementidos secuaces de Focio recogen el fruto de sus trabajos.

IX

Los Santos Inocentes.

Como habíamos pasado la solemnidad del Nacimiento, así pasamos las fiestas siguientes al pie del Pesebre, contemplando la sacratísima humanidad de Jesús, con la que nos parecía contraer una intimidad, que sería en lo sucesivo la luz y el gozo de nuestra existencia. El día de los Inocentes fué para nosotros un día de extraordinaria emoción y de indeleble recuerdo. La Iglesia ha destinado un día y un oficio especial para honrar en todo el mundo á estas primicias de los mártires, á estas primeras flores del cielo. En Belén es fiesta de obligación; de ahí es que todos los trabajos se suspenden como en las más grandes solemnidades. Entre las capillas adyacentes á la Santa Gruta, se halla la de los Santos Inocentes, del dominio exclusivo de los Padres Franciscanos. Sobre el altar, iluminado por la temblorosa luz de las lámparas, hay un cuadro que representa la desgarradora escena de la matanza ordenada por el impío Herodes. Debajo existe una pequeña puerta de hierro religiosamente sellada, que sólo se abre el 28 de Diciembre, fiesta de estas tiernas víctimas; cierra una irregular y misteriosa cueva que lleva el nombre de Sepulcro de los Inocentes. Aquí es donde las betlemitanas vinieron á ocultar sus hijos para sustraerlos del edicto cruel del monstruo coronado que, á fin de inmolar el Rey anunciado por los Profetas, hizo perecer todos los niños del sexo masculino, de Belén y sus alrededores, menores de dos años; aquí es también donde los descubrieron los soldados y les dieron muerte en los mismos brazos de sus madres;

aquí, finalmente, donde fueron sepultados, no lejos del establo de Aquél por quien morían. Bajo la impresión de un drama tan sangriento, nos parecía oir los llantos y sollozos de estas llorosas Raqueles, cuyo dolor excesivo sólo el Obispo de Hipona podía expresar. Oigamos su tierna elegía:

«Nace el Mesías, y el cielo se regocija de su nacimiento y los ángeles cantan el Hossana de la paz; pero la tierra se llena de llanto porque las que concibieron, ven con desesperación que se les arrebatan sus tiernos pequeñuelos. Víctimas inocentes ofrecidas á Dios que vino á condenar la malicia de los hombres, estos corderillos son sacrificados al Cordero Divino que llevará sobre la Cruz los pecados del mundo, y como Él mueren sin lamentarse. ¡Martirio inaudito, cruel espectáculo! Porque ni ellos, ni el Rey recién nacido han hecho mal á nadie... pero la envidia y la crueldad se han apoderado del alma del tirano, y la cólera le ha hecho empuñar el cuchillo exterminador. Pero, dirijamos nuestra mirada sobre las pobres madres que gimen sin consuelo por la pérdida de sus amantes hijos; escuchemos con atención los gritos y los lamentos, que se oyen en Roma. En vano las infortunadas tratan por todos los medios de ocultarlos, pues ellos mismos se descubren porque todavía no han aprendido á temer. Agarra el verdugo al niño de los brazos maternales que le estrechan; pero, lucha inútil; la madre es vencida...—¿Por qué—grita la desgraciada—por qué me quitas el fruto de mis entrañas, el último vástago, mi única esperanza? ¿Hace aún pocos días que sus ojos se han abierto á la luz del mundo, y tú quieres ya precipitarle en las sombras de la muerte? ¿Por qué no inmolas á la madre con el hijo? ¡Oh, monstruo! ¿Qué es lo que buscas? Por uno solo matas á millares, y á pesar de esto se te escapará, porque no podrás poner tu mano sobre el *Ungido* del Señor. Ven, pues, Salvador del mundo, ten piedad de nosotras. ¿Por qué te haces esperar?... ¡Que te vea el verdugo y cesará de correr la sangre de nuestros hijos!...»

X

La estrella misteriosa.—Los Reyes de Oriente.

La gruta del Nacimiento abriga, no solamente á los Pastores y los Inocentes, sino también á los Reyes Magos. En medio de sus sabias contemplaciones del firmamento, habían distinguido y seguido después con empeño la estrella que era para ellos la señal del llamamiento de Dios. Me representaba yo á estos Reyes, ricamente vestidos, con las manos llenas de presentes, inclinando sus frentes coronadas ante la humilde cuna del Niño Dios, y consiguiendo, mediante este divino contacto, la confirmación de su fe y la prenda de su eterna predestinación. La Epifanía es para los betlemitas, lo que la Pascua para los jerosolimitanos, es decir, la fiesta por excelencia. Las ceremonias sagradas son presididas por el Rmo. Custodio. La majestad con que las acompaña, y su noble cabeza bajo la mitrae, le dan un aire de grandeza que infunde respeto. El concurso de indígenas es enorme. Hay también muchos extranjeros de diferentes partes del mundo, como para figurar la gentilidad llamada en este día en la persona de los Magos al conocimiento del verdadero Dios. Al terminar la última Misa, celebrada en la cripta, fué vuelto el Niño Jesús procesionalmente á la iglesia superior con la misma pompa que se desplegó al bajarle en la noche de Navidad.

Este acto es el que termina las grandes solemnidades del Nacimiento. Después de haberse confortado los peregrinos con la comida del convento, dejan á Belén y parten para Jerusalén ó á su respectiva patria, llevando el alma impregnada, por decirlo así, de los más dulces recuerdos.

XI

La huida á Egipto.

En cuanto á nosotros, pensamos en María y en José que en época semejante se preparaban también para despedirse de Be-

lén llevando consigo á su Hijo muy amado, amenazado y perseguido de muerte por el infame Herodes. Nos representábamos á la Sagrada Familia que, tomando un camino opuesto al de los Magos, se internaba en las soledades de los desiertos y en las espesuras de los montes, albergándose de noche en las concavidades de las rocas que servían de refugio á los pastores. ¿Quién les enseñará el camino? ¿Quién les dará el sustento necesario? ¿Quién les librará de la ferocidad de las fieras y del terrible simoun en las llanuras arenosas? Sin duda alguna, será Aquel que siempre vela... el que dió la estrella á los reyes de Oriente, el ángel á Tobías, el agua á Agar, el pan á Elías... Pensamiento consolador que nos sostiene en el áspero camino de la vida, porque sabemos que si Dios prueba á los suyos, jamás los abandona.

Vamos á exponer ahora el resultado de los serios estudios que nos ha sido posible hacer en los intervalos de las ceremonias sagradas, sobre la Basílica de la Natividad, las costumbres de los betlemitas, y principalmente sobre el convento franciscano, vida de la ciudad, centro de donde todo parte y adonde todo converge.

CAPÍTULO V

BASÍLICA DE SANTA ELENA—LOS GRIEGOS

I

La maravilla de la Palestina.— Vista general.

Nos hallamos en presencia del más antiguo y del más hermoso monumento cristiano de la Palestina, el solo que en sus partes principales ha quedado intacto hasta nuestros días. ¡Qué grandeza en el estilo! ¡Qué perfección en sus proporciones! ¡Qué arte en sus menores detalles! ¡Y á pesar de todo, estas maravillas no fueron capaces de detener el ciego furor de los demoledores impíos! Se llama Basílica *de la Natividad*, ó también de *Santa María;* pero las gentes del país persisten en llamarla Basílica de Santa Elena. Se sabe cuán vivaz es la tradicción en Oriente; esta constante denominación viene, pues, en apoyo de la opinión más común que atribuye la fundación de este majestuoso templo á la piadosa Soberana del Occidente, y no á otros emperadores de Bizancio como lo han pretendido falsamente algunos autores. La construcción, debida á Santa Elena, se entiende solamente de la nave principal, porque el techo, el pavimento, las pinturas y mosaicos se hicieron en épocas diferentes y mucho después del reinado de la inmortal celadora de los Lugares Santos. Dos grandes pórticos de la anchura del edificio, hoy en día completamente destruidos, le servían de vestíbulo, y cinco magníficas puertas correspondientes á otras tantas naves, daban á ella entrada. Cuarenta y seis columnas de granito oriental de orden corintio, de color rojo con vetas blancas, sostienen las cinco naves del monumento, que tienen la forma de una cruz latina. Sus dos extremidades, Norte y